

**Fundamentalismos, interculturalidad y procesos educativos.
Construir puentes en lugar de muros**

***Fundamentalisms, Interculturality and Educational Processes.
Building Bridges Instead Of Walls***

Susana Beatriz Sacavino*

 <https://orcid.org/0000-0002-2624-4033>

Tipo de Artículo: Informes de Investigación y ensayos inéditos

Doi: 10.17533/udea.unipluri.20.2.03

Sacavino, S. B. (2020). Fundamentalismos, interculturalidad y procesos educativos. construir puentes en lugar de muros. *Uni-Pluriversidad*, 20(2), e2020203. doi: 10.17533/udea.unipluri.20.2.03



FACULTAD DE EDUCACIÓN

Recibido: 2020-02-23 • Aprobado: 2020-11-09

Resumen

El presente trabajo parte de la realidad de los distintos fundamentalismos que vienen ganando fuerza en nuestras sociedades y sus consecuencias que favorecen actitudes y comportamientos de rechazo hacia los que consideran diferentes, amenazan los derechos humanos y la construcción de relaciones de acogida y respeto entre los distintos grupos sociales. El estudio tiene por finalidad profundizar en el concepto de fundamentalismo e identificar sus diversas modalidades. También propone cómo situarse en relación con esta problemática en la perspectiva de promover una sociedad plural y una educación ciudadana democrática e intercultural. Integra el proyecto de investigación sobre Interculturalidad, Ecología de Saberes y Prácticas Educativas, desarrollado por el Grupo de Estudios Cotidiano, Educación y Cultura(s) del Departamento de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro (PUC-Rio), con el apoyo económico del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq).

Este trabajo está estructurado en dos partes. En un primer momento hace una aproximación a lo que se entiende por fundamentalismo, su surgimiento y la gama plural de fundamentalismos existentes en la contemporaneidad. A partir de ese contexto, en un segundo momento, presenta algunas estrategias educativas para construir puentes de diálogo y acogida mutua entre personas y grupos socioculturales y étnicos distintos, en lugar de levantar muros de odio, rechazo y discriminación. En la conclusión se tejen algunas consideraciones para la deconstrucción de los fundamentalismos, en la perspectiva de afirmación de los derechos humanos y la ciudadanía intercultural.

Palabras clave: intolerancia, fundamentalismo, interculturalidad, derechos humanos, educación.

Abstract

This work presents different fundamentalisms which are gathering strength in our societies and their consequences, which favor rejection attitudes and behaviors against people considered different, threaten the human rights and the construction of the relations of acceptance and respect among different social groups. Its objective is to deepen the concept of fundamentalism and identify different types. It also proposes a position in front of this problem to promote a plural society and a democratic and intercultural citizenship education. This work integrates the research project about Interculturality, Ecology of Knowledge, and Educational Practices, developed by the Study Group on Daily Life, Education, and

Culture of the Department of Education of Catholic Pontifical University of Rio de Janeiro (PUC-Rio), with the financial support of the National Council for Scientific and Technological Development (CNPq). This work is arranged in two parts. In the first part, there is an approach about what is fundamentalism, its origin and plural variety in the contemporaneity. From this context, in the second part, some educational strategies are presented to build bridges of dialogue and mutual acceptance among individuals and social-cultural and ethnic groups, instead of building walls of hate, rejection and discrimination. Conclusions present some considerations to deconstruct the fundamentalisms by claiming human rights and intercultural citizenship.

Keywords: Intolerance, Fundamentalism, Interculturality, Human Rights, Education.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, una ola conservadora viene fortaleciéndose en todo el mundo. En América Latina, gobiernos de izquierda con enfoques más sociales y distributivos están dando paso a nuevas propuestas que utilizan el conservadurismo en sus campañas y que tienen amplia propagación por el fundamentalismo religioso. Discursos racistas y en contra de los derechos humanos, en especial contra las mujeres, los negros e indígenas y de los grupos LGBTI+, se expanden ampliamente en este contexto. También surge un nuevo rechazo que Adela Cortina (2017, p.21) identifica como aporofobia¹, que no es el rechazo al extranjero turista que consume, gasta y aumenta los recursos del país, si no el rechazo al pobre que puede ser extranjero o no dependiendo de los contextos. La aporofobia son las muestras palpables de rechazo, aversión, temor, odio y desprecio hacia el pobre, hacia el desamparado que, al menos en apariencia, no puede devolver nada o aportar para el producto interno bruto (PIB) del país al que llega o en el que vive desde siempre.

Dentro de esas realidades, actitudes xenófobas son defendidas públicamente en diferentes espacios, potencializadas por las redes sociales. Esas actitudes son rechazadas por muchos, pero también apoyadas y exaltadas por otros tantos. En ese contexto, la condición humana plural (Arendt, 1989) se niega en nombre de posturas asumidas como verdades que impiden la propia convivencia, y prácticas individuales y grupales, pero también acciones de gobierno o de Estados asumen características fundamentalis-

tas porque tratan de eliminar al oponente o a quien pueda amenazar determinados intereses y proyectos, ya sean reales o imaginados (Marcon, 2015, p.2).

Todas las clases de fundamentalismos están en boga en las sociedades contemporáneas. Esas visiones de la vida ofrecen sistemas acabados que tienen respuestas para todo y soluciones definitivas para cada problemática. Los fundamentalismos atentan contra el desarrollo de los derechos humanos.

Este artículo, que calificamos como ensayo, se inscribe en el marco del proyecto de investigación sobre Interculturalidad, Ecología de Saberes y Prácticas Educativas, realizada por el Grupo de Estudios Cotidianos, Educación y Cultura(s) del Departamento de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro (PUC-Rio). El proyecto actualmente en ejecución tiene una duración de cinco años (2018 a 2022) y cuenta con el apoyo económico del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq).

El texto está estructurado en tres partes, además de esta introducción. En la primera, presentamos una aproximación a lo que se entiende por fundamentalismo, su surgimiento y la gama plural de fundamentalismos existentes en el mundo actual. A partir de ese contexto, en el segundo ítem, presentamos algunas estrategias educativas para construir puentes de diálogo en lugar de levantar muros de odio, separación y discriminación. Finalmente, tejemos algunas



consideraciones para continuar el camino de desconstrucción de los fundamentalismos y

para afirmar los derechos humanos y la ciudadanía intercultural.

FUNDAMENTALISMO Y FUNDAMENTALISMOS

En el mundo actual globalizado, una de las expresiones que se tornó común en los últimos años como un fenómeno global es sin duda el fundamentalismo. Es común escuchar, leer y ver noticias relacionadas con el tema, pero también es común percibir que gran parte de la población no conoce el sentido profundo de la expresión, sus orígenes y diversidad de ámbitos en los que hoy se manifiestan las visiones y fenómenos fundamentalistas.

Fundamentalismo es una palabra del mundo de las religiones que define un fenómeno religioso concreto, el pentecostalismo nacido en los Estados Unidos durante la segunda década del siglo XX.

Martínez García (2004, p.1) explica que el fundamentalismo debe su nombre a una reacción dentro del protestantismo conservador estadounidense, que a principios del siglo XX produjo una serie de libros llamados *The Fundamentals*, cuyo objetivo era fijar las verdades fundamentales del cristianismo frente a los avances del ala liberal protestante que cuestionaba o negaba la dimensión sobrenatural de algunas enseñanzas bíblicas. En consecuencia, como ha dicho Umberto Eco, el fundamentalismo es un “proceso hermenéutico ligado a la interpretación de un libro sagrado”. Por supuesto, existió mucho antes de los primeros años del siglo pasado, pero es a partir de entonces cuando la postura que toma literalmente los postulados bíblicos, o de cualquier otro texto tenido por divino, llegó a ser conocida con aquel concepto.

Actualmente, el fundamentalismo continúa vivo y activo en ese país. Congrega aproximadamente setenta y cinco millones de seguidores, casi un tercio de la población estadounidense, y ejerce una importante influencia en todos los ámbitos de la vida: político, religioso, educativo, económico, cultural, militar, judicial, relaciones internacionales, entre otros (Tamayo, 2019, p.112).

Pero podemos preguntarnos: ¿qué se entiende por fundamentalismo? Boff (2002, p.25) presenta la siguiente definición: “fundamentalismo representa la actitud de aquel que le otorga un carácter absoluto a su punto de vista”. En este sentido, afirma que no es una doctrina, “pero sí una forma de interpretar y de vivir la doctrina”. Es asumir la letra de las doctrinas y de las normas sin tener en cuenta su espíritu y su inserción en el proceso siempre cambiante de la historia, que obliga a continuas interpretaciones y actualizaciones, exactamente para mantener su verdad esencial.

El término “fundamentalismo” se aplica actualmente a personas y grupos fanáticos de las diferentes religiones, especialmente a los judíos ultraortodoxos, a los musulmanes integristas y a los cristianos tradicionalistas. El fenómeno fundamentalista ocurre, aunque no exclusivamente, en sistemas rígidos de creencias religiosas que se sustentan, a la vez, en textos revelados, definiciones dogmáticas y magisterios infalibles.

En el fundamentalismo existe siempre una comprensión absoluta de la verdad que

es condición para negar las demás posiciones. Esos enfoques y posturas están atravesados por dicotomías entre el bien y el mal, siendo que el bien está siempre del lado de la verdad y el mal, en contraposición, precisa ser eliminado.

Esas posturas dicotómicas no son nuevas en la historia de la humanidad, pero en las últimas décadas, y especialmente en los últimos años, van creciendo y adquiriendo características cada vez más agresivas y desembocan en acciones destructivas y en la intensificación de la intolerancia, el odio y la no aceptación con relación a lo que es diferente.

Hay que destacar, como nos recuerda Tamayo (2019, p.113), que el fundamentalismo no es inherente a las religiones. Al contrario, la experiencia religiosa auténtica dista del fundamentalismo como de la idolatría. Los idólatras y los fundamentalistas son dos de los peores enemigos de todas las religiones. La experiencia religiosa se caracteriza por la relación gratuita con lo divino, el respeto por el misterio, la experiencia del encuentro con la trascendencia en la historia, el reconocimiento de la dignidad de los otros y las otras. En ese sentido, el fundamentalismo se encuentra en las antípodas de la experiencia religiosa.

La vivencia de la religión debe conducir al fiel a una intensa experiencia de amor que genera un compromiso con el prójimo, en una dinámica en la que la vida alcanza su sentido pleno en la comunión, que es la base para una sociedad arraigada en la justicia y en el derecho, suplantando todas las formas de opresión, explotación y autoritarismo.

Si bien el arquetipo del fundamentalismo es el religioso, en la época actual se su-

man otros modelos, tales como los políticos, económicos, científicos, culturales, es decir, todo el que piense que su verdad es absoluta, imponiendo sus puntos de vista y pretendiendo eliminar la diferencia, demuestra un comportamiento fundamentalista.

A continuación, veamos las características de algunos de esos modelos fundamentalistas y sus manifestaciones actuales.

El *fundamentalismo político* es la religión monoteísta del Imperio, que lo convierte en Absoluto, al cual se someten algunas naciones de la tierra y le prestan culto. Actualmente es representado por el presidente Donald Trump con sus declaraciones y comportamientos llenos de prejuicios y discriminaciones racistas, sexistas, misóginos, homofóbicos y excluyentes con los inmigrantes, especialmente con los que son pobres.

En Brasil, el presidente Jair Mesías Bolsonaro, en sus declaraciones y acciones, también presenta muchos comportamientos fundamentalistas cargados de odio, en los que usa como estrategia la guerra contra todos los que no son él mismo y su clan (familia y allegados). Es un tipo de persona sin límites que no se preocupa por poner a otras en riesgo de muerte, sean grupos sociales o funcionarios públicos al servicio del Estado, sometidos a un cotidiano dominado por la autoverdad o post verdad – fenómeno que convierte la verdad en una elección personal, y por eso destruye la posibilidad de verdad–; según Brum (2019, p.1) los brasileños están enfermándose. La enfermedad mental también presenta baja inmunidad y síntomas físicos, ya que el cuerpo es una unidad. Identificando este fenómeno como enfermos de Brasil, cómo resistir a la enfermedad en



un país (des)controlado por lo perverso de la autoverdad.

Las acciones de Trump y de Bolsonaro, como las de otros gobernantes actuales de extrema derecha, ultraconservadora, lamentablemente no son comportamientos aislados, forman parte de un fenómeno global que se reproduce con particularidades propias en varios países.

También existe el *fundamentalismo económico*, que es la religión del libre mercado, el fundamentalismo ultra neoliberal, encarnado por el proyecto del liberalismo económico, que se está implementado en las políticas económicas de varios países de América Latina y, especialmente, en Brasil. Sus tesis básicas son el derecho a la propiedad como el único derecho universal, fundamental y absoluto, y de él se derivan el derecho de no agresión a la propiedad y el de defenderla, hasta con el uso de armas. La única institución éticamente aceptable en la esfera económica es el libre mercado donde todos tienen los mismos derechos y cada individuo es el único responsable por sus objetivos. Sus reglas constituyen un mecanismo semejante a las leyes de la naturaleza: son algo objetivo que el ser humano no tiene condiciones de modificar. El mercado es comprendido como un mecanismo auto-organizador y por eso su evaluación tiene como criterio la eficiencia y no la valoración ética. No hay derechos fuera de las leyes del mercado. Por eso, en esta visión, la desigualdad y la exclusión no tienen nada que ver con la justicia social. La pobreza no es un problema ético, sino una incompetencia técnica. Este proyecto de sociedad es llamado varias veces por el Papa Francisco de “anti-vida”, “asesino de los pobres y de la naturaleza”. Este proyecto se opone al Esta-

do de bienestar social desarrollado en varios países y, en Brasil, al Estado Democrático de Derecho (Boff, 2019, p.1).

La *ciencia* no está exenta del fundamentalismo e incurre en él cuando pretende convertirse en una nueva religión, cuando se considera la candidata exclusiva de la verdad de las cosas, cuando absolutiza su método de aproximación a la verdad y lo impone al resto de los campos del hacer y del saber y se presenta como el único mapa de la cartografía de lo real. Sousa Santos (2010a, 2010b) critica la epistemología positivista por establecer una división rigurosa entre el conocimiento verdadero y el falso. Esa línea divisoria entre el conocimiento hegemónico, considerado el verdadero, y el conocimiento situado del otro lado de la línea abisal, implicó la exclusión y aniquilación de los conocimientos y experiencias localizados actualmente en lo que se denomina Sur, producidos por los grupos colonizados, subalternizados, inferiorizados e invisibilizados. En otras palabras, el establecimiento de criterios epistémicos estableció una línea rigurosa entre el verdadero y el falso conocimiento. En cierto sentido, esa es la misma lógica fundamentalista dicotómica entre el bien y el mal.

También podemos reconocer el *fundamentalismo patriarcal*, que es la religión del patriarcado entendido como un sistema de dominación estructural y permanente contra las mujeres, las niñas, los niños y los sectores más vulnerables de la sociedad. Se basa en la masculinidad hegemónica, que se considera el fundamento del poder de los varones, de la sumisión de las mujeres, de la legitimación de la discriminación e incluso del uso de la violencia de género. Considera al varón como referente de lo humano y

de los valores morales, utiliza el concepto “hombre” para referirse a los varones y a las mujeres y niega que dicho uso sea excluyente porque se entiende que es genérico. El sistema de dominación patriarcal no actúa en solitario, sino que lo hace en complicidad y alianza con otros modelos de dominación, como por ejemplo el fundamentalismo, pero también el capitalismo, el racismo, el colonialismo, entre otros (Tamayo, 2019b, p.1).

El fundamentalismo patriarcal es legitimado por la religión patriarcal. Los movimientos fundamentalistas tienden a ser intolerantes, opuestos a los intereses de las mujeres y con discursos basados en absolutos. En el ámbito de las mujeres, mientras los fundamentalistas cristianos se concentran en los derechos reproductivos, los islámicos prestan más atención a la cuestión de la vestimenta.

Existe también el *fundamentalismo cultural*, referido por Stolcke (2019, s/p) como la superioridad racial blanca en relación con las otras razas. La autora lo identifica como una nueva forma de racismo argumentado por el fundamentalismo basado en los aspectos culturales que determinan la superioridad de una cultura –la blanca– sobre las demás.

Al respecto, Tamayo (2019a, p.116) se refiere a un *fundamentalismo cultural occidental*, que califica infundadamente la cultura occidental como superior y las otras como inferiores, porque no conquistaron el mismo nivel de progreso que la cultura hegemónica a la que deben someterse y adaptarse. En este sentido, los ejemplos más humillantes de comportamientos fundamentalistas culturales en América Latina son el desprecio, la inferiorización y el no reconocimiento por

parte de la cultura occidental de los conocimientos, saberes y cosmovisiones de las culturas indígenas y africanas.

Describimos algunos de los fundamentalismos actuales siendo conscientes de que existen más, según varios autores, como el fundamentalismo democrático, militar, estatal, entre otros.

Los diferentes fundamentalismos que hasta aquí se presentan, se caracterizan por una serie de elementos reconocidos: absolutismo de lo relativo, que desemboca en idolatría y fetichismo; universalidad de lo local, que desemboca en imperialismo; generalidad de lo particular, que se transforma en pseudociencia; clasificación de lo que es opinable a la categoría de ortodoxo, que se transforma en dogmático; eternizar lo temporal, que se transforma en una teología perenne; reducción de lo múltiple y plural a uno y uniforme que se transforma en un pensamiento único; sacralidad de lo secular, que se transforma en confesionalismo.

En la actualidad, un aspecto preocupante de los fenómenos fundamentalistas no es solo el que se localice en grupos extremistas más o menos reconocidos o reconocibles, sino que se instale en la cúpula de diferentes instituciones religiosas y gubernamentales.

Para finalizar este ítem, coincidimos con Tamayo (2019a, p.119) en la afirmación de que los fundamentalismos, las guerras étnicas, los conflictos identitarios y culturales, y el patriarcado son construcciones ideológicas de los poderes políticos, económicos, militares, religiosos y culturales hegemónicos que establecen alianzas entre sí para mantener su poder sobre el mundo y sobre las conciencias de los ciudadanos. Estas construcciones manipulan las culturas, po-



niéndolas al servicio de proyectos imperialistas opresores; manipulan a Dios cuando lo invocan como su aliado; y manipulan las re-

ligiones, consideradas expresa o tácitamente como sanción moral de sus comportamientos, inclusive violentos.

EN LUGAR DE MUROS CONSTRUYAMOS PUENTES. PRÁCTICAS PEDAGÓGICAS PARA DIALOGAR CON LOS FUNDAMENTALISTAS

El reconocimiento de que las sociedades son plurales es uno de los primeros pasos en un proceso educativo para deconstruir el fundamentalismo. La idea de pluralidad presupone la existencia de diferentes sujetos que producen sus interpretaciones, asumen puntos de vista propios y, en consecuencia, elaboran distintos proyectos sociales, políticos y culturales.

Es importante comprender que cada persona es diferente y posee un valor en sí misma. Como recuerda el Papa Francisco en su encíclica sobre cómo cuidar la Casa Común: “Todo está íntimamente relacionado, todas las criaturas existen en dependencia una de las otras” (n.137, 86). Por esta interrelación, todos son portadores de la misma humanidad y dignidad, siempre estamos en relación con otros y con sus modos de ser. Por eso es importante saber relativizar los modos de ser, ninguno es absoluto a costa de invalidar a los demás; también es importante desarrollar capacidades de respeto, empatía y acogida de la diferencia porque, por el simple hecho de estar ahí, cada uno goza del derecho de existir y co-existir.

Para construir puentes en lugar de muros, consideramos que una capacidad importante que se debe desarrollar es la del diálogo como alternativa:

Al choque de civilizaciones, al conflicto entre culturas, a las guerras re-

ligiosas y a los conflictos étnicos es el diálogo político, intercultural, intrarreligioso, interreligioso, e interdisciplinar y el trabajo para la paz, que tiene que tornarse hoy un imperativo categórico de las diferentes cosmovisiones, quiero decir, tradiciones filosóficas, morales, culturales, religiosas y espirituales de la humanidad, si no se quieren anquilosar, ignorar o todavía peor, destruir unas con otras. (Tamayo, 2019a, p.119)

En ese sentido, consideramos que Sousa Santos (1997, 2010c), cuando se refiere al diálogo intercultural en relación con los derechos humanos, apunta algunas premisas que resultan iluminadoras e importantes en este proceso educativo de promoción del diálogo, intentando quebrar los muros en esos diferentes niveles de fundamentalismo.

Para esto, es necesario tener en cuenta que en el diálogo intercultural el intercambio no es solo entre distintos saberes, sino también entre culturas diferentes, o sea, entre universos de sentidos diversos y en gran medida, incommensurables.

La primera premisa señalada por Sousa Santos apunta a la **superación del debate entre universalismo y relativismo cultural**. Se trata de un debate intrínsecamente falso, cuyos conceptos polares son igualmente falsos para un diálogo intercultural, ya que todas las culturas son relativas, pero el relativismo en cuanto actitud filosófica es incorrecto porque, de igual forma, todas las

culturas aspiran a las preocupaciones y valores universales, pero el universalismo cultural, en cuanto actitud filosófica también es incorrecto.

La segunda premisa consiste en que **todas las culturas poseen concepciones sobre la dignidad humana, del mundo y sobre la forma de hacer las cosas, pero no todas las conciben de la misma manera.** En este sentido, es importante identificar las preocupaciones isomórficas, semejantes, entre diferentes culturas como base para comenzar a dialogar. La percepción de aproximación en las visiones es un paso fundamental para disminuir la inseguridad y la amenaza que el otro/la diferencia nos causa. Una vez disminuidas estas barreras del miedo, el diálogo podrá iniciar.

La tercera premisa afirma que **todas las culturas son incompletas y problemáticas en sus concepciones de la dignidad humana, formas de ver el mundo y la vida, manera de hacer las cosas, etc.** Sin embargo, en apariencia, todas las culturas se juzgan como completas y únicas. El hecho de no ser completas es intrínseco a la pluralidad de las culturas, porque si cada cultura fuese tan completa como se considera, solo existiría una única cultura. En general, es más fácil percibir que una cultura no es completa desde el exterior, cuando se toma distancia y se la mira desde la perspectiva de otra cultura, que cuando vivimos en ella. Aumentar la consciencia de que mi cultura no es completa es una tarea importante para un diálogo intercultural, porque se cambia la visión desde una perspectiva etnocéntrica a otra marcada por la valorización de la diversidad, que permite el reconocimiento mutuo y el avance, en algunos niveles, en el reconocimiento de la complementariedad.

La cuarta premisa consiste en que **todas las culturas tienden a distribuir a las personas y a los grupos sociales entre dos principios competitivos jerárquicos.** Uno es el principio de igualdad que opera a través de jerarquías entre unidades homogéneas, por ejemplo, la jerarquía de estratos sociales o ciudadano/extranjero. El otro es el principio de la diferencia que opera a través de jerarquías entre igualdades y diferencias, por ejemplo, la jerarquía entre etnias, o sexo, o religiones. Los dos principios no se sobreponen necesariamente y, por ese motivo, afirmamos junto con el autor que “no todas las igualdades son idénticas ni todas las diferencias son desiguales”.

Pensamos que estas premisas no son únicas, pero sí ayudan a construir las bases para iniciar y realizar un camino de diálogo intercultural intentando construir puentes que quiebren los muros.

En la medida en que una persona tiene más clara su identidad de origen, conoce su cultura y la tiene concientizada a partir del análisis crítico de estas premisas, adquiere más seguridad personal, lo que le posibilita abrirse al otro, a la diferencia, sin sentirse amenazada y con miedo de perder su identidad. Podríamos decir que cuanto más clara es la identidad personal, mayores posibilidades de apertura y de diálogo intercultural existen.

El diálogo es una capacidad importante y se constituye en una alternativa al fundamentalismo y al integrista cultural, religioso y étnico. Se convierte en un antídoto contra la ideología del “choque” o el enfrentamiento entre culturas y religiones y contra cualquier amenaza totalitaria. La fuerza del diálogo debe imponerse a cualquier meca-



nismo de poder, incluido el militar, al cual se recurre con frecuencia para imponer modelos políticos y condiciones absolutas que dificultan o imposibilitan la convivencia.

El diálogo interreligioso e intrarreligioso se constituye en un imperativo ético para la sobrevivencia de la humanidad, de la paz en el mundo, de la vida en el planeta y del planeta y de la lucha contra la pobreza y las desigualdades. Como afirma Panikkar (1993, p. 1149), el ser humano se asfixia sin diálogo y las religiones se anquilosan y se tornan monolíticas. Esta idea es inseparable del respeto por la diversidad y la interdependencia entre los seres humanos.

En el momento actual es necesario y urgente denunciar cualquier expresión del fundamentalismo, en cualquier parte y en todo momento que observemos su imposición. También es importante tomar conciencia y combatir el pequeño e indeseable fundamentalista que existe dentro, en cada uno y cada una de nosotras, para combatir lo que la feminista colombiana Jenny De la Torre Córdoba (2009, p.1) expresa cuando dice que podemos señalar al fundamentalismo como un monocultivo de la mente, es decir, una manera de sembrar en la mente una dominación que luego se filtra en la tierra. Es decir, el fundamentalismo primero nace en la mente del sujeto dominante y se filtra en la mente dominada o en los sistemas y, de esta manera, elimina la pluralidad forjando modelos de dominación que legitiman subordinación y remplazan la libertad por uniformidad.

Los fundamentalismos solo pueden superarse con la transformación de las personas, de los ciudadanos y las ciudadanas, de los sujetos políticos. Esto significa limpiar

el terreno y sembrar el campo para que puedan germinar relaciones políticas, económicas, culturales empáticas, igualitarias, solidarias y éticas; cuidar para que se desarrolle una sociedad más motivadora y excitante, más justa, donde las diversidades sexuales, raciales, religiosas, étnicas y de todo tipo, puedan encontrar su lugar y sean valoradas, reconocidas y visibilizadas.

Construir la igualdad con la base en los derechos iguales, pero también con el reconocimiento de las diferencias significa desarrollar la consciencia del “derecho a tener derechos” (Arendt, 1979), a la libertad de consciencia y de creencia. Como Touraine (2006) afirma:

[...] El sujeto no es apenas aquel que dice yo, sino aquel que tiene la conciencia de su derecho de decir yo. Es por eso que la historia social es dominada por la reivindicación de derechos; derechos civiles, derechos sociales, derechos culturales, cuyo reconocimiento es exigido hoy de manera tan urgente que constituyen el campo más delicado en el mundo que vivimos. (p.112-113)

Las religiones, al mismo tiempo en que deben ser respetadas, precisan ejercer el respeto y el reconocimiento a las diferencias y a las diversidades, promoviendo la igualdad, la justicia, la solidaridad, la libertad de expresión, convicción o creencia, la superación de los prejuicios y discriminaciones y la afirmación de los derechos humanos. Es importante entender que las culturas y las identidades se articulan de forma estratégica con la democracia, la diversidad y los derechos.

Los contextos democráticos exigen procesos educativos que formen los sujetos para el reconocimiento de las diferencias, del otro y de otras perspectivas. La incapacidad de

convivir socialmente con las diferencias y la intolerancia y el odio frente al otro revelan la dificultad de reconocer la pluralidad como condición humana. También revelan los límites de comprensión y de intervención en el mundo a partir de los distintos puntos de vista y de los diferentes lugares sociales, culturales y políticos. Como Marcon (2015) afirma:

Convivir con la diversidad exige un conjunto de procedimientos y valores: primero, reconocer la contingencia individual, segundo, que existen personas que piensan diferente y pueden contribuir con la evaluación de nuestras propias posiciones, y tercero, el desafío de reconocer que la diversidad no se constituye en obstáculo, y sí en una condición para el propio diálogo. (p.10-11)

Los fundamentalismos tienen mucha dificultad al respecto porque, como ya evidenciamos, parten del supuesto de que existe un lugar de verdad a partir del cual es posible actuar y organizar el mundo; los grupos humanos sobre los cuales se pretende ejercer hegemonía de forma autoritaria no están dispuestos a seguir siendo sometidos. Los discursos monolíticos se desafían, las verdades únicas se contrarrestan, los dogmas se cuestionan, las tiranías morales se confrontan.

En ese sentido, los espacios educativos son muy importantes, tanto para la formación de sujetos democráticos que desarrollen capacidades para entender, relacionarse y trabajar con otros, con la diversidad, como

también para que esos propios espacios e instituciones propicien vivencias y experiencias democráticas.

Las experiencias de voluntariado social, de conocimiento de diferentes realidades, de encuentro con personas con otras condiciones sociales, culturales, económicas y religiosas son importantes para construir subjetividades con capacidad de diálogo y de construcción de puentes en lugar de muros. El estudio de la historia de las religiones y el conocimiento de otras espiritualidades también muestra la riqueza simbólica de la humanidad y la pluralidad de manifestaciones de lo sagrado, de lo divino, del misterio en la historia humana, la diversidad de mensajes y de mensajeros.

Un último aspecto importante que también queremos destacar en los procesos educativos para construir puentes es la promoción de la educación para la paz, entendida como un proceso continuo y permanente con un enfoque interdisciplinario, con sentido crítico y experiencias prácticas. Es decir, la paz enfocada, como sugiere Castrogiovanni (2017, p.65), en los valores humanos que permitan vivir en la aceptación y el respeto de las diferencias, donde los credos, las etnias, las lenguas, las ideologías, las geografías, nos hermanen en vez de separarnos y nos den la posibilidad de aprender del otro y con los otros para una construcción social basada en el reconocimiento, el amor, la libertad y la justicia para la construcción de la paz social y así se colabora con la paz mundial.

PARA CONTINUAR CONSTRUYENDO PUENTES. A MODO DE CONCLUSIÓN

La realidad actual continúa mostrando innúmeras situaciones marcadas por los dilemas de las diferencias. El surgimiento de

reivindicaciones con base en la diferencia nos muestra una reflexión y una disputa, muchas veces vehemente, sobre el lugar, los de-



rechos, las representaciones, la vez y la voz de los grupos discriminados, invisibilizados, subalternizados. Por eso, es importante colaborar desde los procesos educativos para generar y construir una cultura moral y política, basada en el respeto a la igual dignidad de todas las personas, que supere todas las formas de odio y discriminación cotidiana. Cortina (2017) hace referencia a un antídoto que exige el reconocimiento cordial de esa dignidad, y será el cultivo de la compasión, pero no de cualquier forma de compasión, sino de la que Stefan Zweig, citado por la autora (2017), describía en el comienzo de su espléndida novela *Impaciencia del corazón* con las siguientes palabras:

Existen dos clases de compasión. Una cobarde y sentimental que, en verdad, no es más que la impaciencia del corazón por librarse lo antes posible de la emoción molesta que causa la desgracia ajena, aquella compasión que no es compasión verdadera, sino una forma instintiva de ahuyentar la pena extraña del alma propia. La otra, la única que importa, es la compasión no sentimental pero productiva, la que sabe lo que quiere y está dispuesta a compartir un sufrimiento hasta el límite de sus fuerzas y aún más allá de ese límite. (p.25–26)

El reconocimiento de la igual dignidad y la compasión son dos claves de una ética de la razón cordial, que resultan innegociables para superar ese mundo de odio, fundamentalismos y discriminaciones inhumanas.

Construir puentes en lugar de muros significa educar para crear y promover una cultura del encuentro. Es caminar en la construcción de un proceso que nos lleve de la acogida al encuentro, del encuentro al cuidado, del cuidado a la solidaridad, de la solidaridad al reconocimiento. En todo encuentro revelamos nuestra/s identidad/es, en él nos reconocemos diferentes y la diversidad nos enriquece. Esto ocurre especialmente cuando se crean relaciones –puentes– que favorecen el paso del encuentro a la convivencia, a la compañía, a la colaboración y a la corresponsabilidad.

Esta nueva sensibilidad nos abre para la acogida de la vida descartada, excluida, enferma y muchas veces fracasada, siendo un lugar y un espacio de humanización. Son puentes para continuar el camino de desconstrucción de los fundamentalismos, afirmando los derechos humanos y la ciudadanía intercultural, para ayudar a avanzar y construir la democracia.

NOTA

-
1. Adela Cortina (2017) lo explica así: “Convencida de que no se rechaza tanto a los extranjeros como a los pobres, busqué en mi diccionario de griego de los tiempos del bachillerato un término para designar al pobre, al sin recursos, y encontré el vocablo áporos. Contando con él me permití construir el término “aporofobia” por analogía con “xenofobia” y con “homofobia”. (p.23)

REFERENCIAS

Arendt, H. (1989). *A condição humana*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.



- Arendt, H. (1979). *As origens do totalitarismo*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Boff, L. (2019). *O projeto neoliberal no mundo e no Brasil é anti-vida e inimigo da natureza*. Recuperado de <https://leonardoboff.wordpress.com/2019/07/30/o-projeto-neoliberal-no-mundo-e-no-brasil-e-anti-vida-e-inimigo-da-natureza/>
- Boff, L. (2002). *Fundamentalismo: a globalização e o futuro da humanidade*. Rio de Janeiro: Sextante.
- Brum, E. Doente de Brasil. El País, 02/08/2019. Recuperado de https://brasil.elpais.com/brasil/2019/08/01/opinion/1564661044_448590.html
- Castrogiovanni, S.R. (2017). Educadores para la paz. *Uni-pluri/versidad*, 17(2), 62–71. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/unip/article/view/334012/20789977>
- Córdoba, J. de T. América Latina. Fundamentalistas avanzan en congresos y gobiernos de la región. Recuperado de <http://www.cadtm.org/America-Latina-Fundamentalistas>
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Paidós.
- Marcon, T. (2015). *Fundamentalismo e Democracia: desafios políticos e educacionais*. Curitiba: EDUCERE.
- Martínez García, C. (2004) *América Latina y el fundamentalismo religioso*. Recuperado de <http://www.surysur.net/america-latina-y-el-fundamentalismo-religioso/>
- Panikkar, R. (1993). *Religión (Diálogo intrarreligioso)*. In: Floristan, C.; Tamayo, J.J. (org). *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid: Trotta.
- Francisco. Vaticano II (2015). *Carta Encíclica Laudato Si. Sobre el cuidado de la casa común*. Roma: Vaticano.
- Sousa Santos, B. (2010a). *Um discurso sobre as ciências*. São Paulo: Cortez.
- Sousa Santos, B.; Meneses, M.P. (2010b). *Epistemologias do Sul*. São Paulo: Cortez.
- Sousa Santos, B. (2010c). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Sousa Santos, B. (1997). Uma concepção multicultural de Direitos Humanos. *Lua Nova*, nº 39, São Paulo.
- Stolcke, V. (s.f.) *Racismo y fundamentalismo cultural*. Recuperado de https://www.lai.fu-berlin.de/es/e-learning/projekte/frauen_konzepte/projektseiten/frauenbereich/stolcke/videos/antwort9/index.html
- Tamayo, J.J. (2019a). Apologia do diálogo perante os fundamentalismos. In: Santos, B.S.; Martins, B.S. (org). *O Pluriverso dos Direitos Humanos. A diversidade das lutas pela dignidade*. São Paulo: Autêntica.



Tamayo, J.J. (2019b). El patriarcado “extremoduro” de las religiones. El País, 10/04. Recuperado de https://elpais.com/elpais/2019/04/09/opinion/1554827755_747922.html

Touraine, A. (2006). *Um novo paradigma: para compreender o mundo de hoje*. Petrópolis: Vozes.